

NOTAS

(Inéditas... y de antología)

Los límites del Estado-nación

MIENTRAS LOS ANTIGUOS ESTADOS COMUNISTAS LUCHAN por consolidar la democracia recientemente conquistada, en Occidente cada vez son más los que se quejan de que no está funcionando como es debido en sus países. Casi todos los gobiernos de Europa Occidental están atravesando unos momentos de debilidad. Se denuncian los acuerdos del Tratado de Maastricht para la creación de una unión europea como un paso más para socavar el derecho a la autodeterminación.

En Estados Unidos, la mitad del electorado parece haber renunciado a votar. En el libro *Who will tell the people: the betrayal of american democracy (Quién se lo dirá a la gente: la traición a la democracia norteamericana)*, William Greider afirma que las instituciones que supuestamente representan a la gente han dejado de funcionar y son camarillas autocomplacientes que no responden a nada salvo a su deseo de permanecer en el poder.

El primer mandamiento de la letanía de consejos ofrecidos a los países del Este es que deben asegurar una economía de mercado y un control democrático si quieren recuperarse de su prolongado desastre.

Pero en Occidente, los detractores denuncian cómo el dinero ha deformado y corrompido la política democrática. Sugieren que, con la moderna tecnología de comunicación y persuasión, el mercado y la democracia se han vuelto prácticamente incompatibles. Greider culpa a la *globalización* de las finanzas y del comercio de minar la soberanía nacional que él considera el baluarte esencial de la democracia. Desde la derecha norteamericana, Patrick Buchanan formula la misma acusación alegando que el internacionalismo socava los puestos de empleo y los valores norteamericanos.

En Francia, mientras se debatía la ratificación del Tratado de Maastricht, el socialista de izquierdas Jean-Pierre Chevènement y el ultraconservador Jean-Marie Le Pen coincidirían en sus advertencias sobre la horrible amenaza a la nación, el primero afirmando que Francia perderá la capacidad de proteger a sus trabajadores frente al capital desenfrenado y el segundo alegando que perderá su identidad y será dirigida por *euofederastas*, un juego de palabras típicamente sarcástico de Le Pen.

Democracia territorial

EN OTROS PAÍSES SI OVEN ARGUMENTOS de parecida carga emocional acerca del Estado-nación. No se trata de algo accidental. Es cierto que los Estados están perdiendo su poder exclusivo y sin restricción. También es cierto que la democracia tal y como la conocemos es territorial, está organizada dentro de fronteras existentes y no ha desarrollado mecanismos e instituciones para enfrentarse a las fuerzas no territoriales.

Pero es un hecho del mundo de hoy que las fuerzas extraterritoriales afectan a la vida cotidiana de los ciudadanos de forma cada vez más directa. Ningún Estado puede hacerles invulnerables. Es común señalar el medio ambiente, las drogas, el terrorismo como ejemplos. Sin embargo, la fuerza mayor, más inmediata y más penetrante es la economía mundial.

Interdependencia

EL DESEO DE UNA NACIÓN EUROPEA es resultado del esfuerzo por aprovechar lo que es inevitable interdependencia en beneficio de sus miembros. Pero ningún país puede prosperar y rechazar la cooperación activa con los demás, lo cual implica pérdida del pleno control soberano. Albania y Birmania son inquietantes ejemplos.

Ha quedado plenamente demostrado que la idea marxista de controlar el poder del dinero mediante la nacionalización es perniciosa. Destruye la economía y la democracia. La idea democrática de desarrollar un poder que prevalezca, a través del voto, de la organización, de la regulación, todavía no se ha puesto al día con la repentina explosión de la economía verdaderamente internacional, posible por la tecnología de la comunicación.

No sirve de nada atormentarse y echar la culpa a financieros y empresarios que mueven el dinero en un instante.

Hay que reconocer que la actividad económica se ha desarrollado por encima de la capacidad de los Estados soberanos para controlar en un sentido estricto del interés nacional, y esto se debe a que es más fácil mover el dinero que las ideas. Todos los Estados regulan sus sistemas bancarios, pero nadie el mercado internacional.

Para ponerse al día, para representar a los que se han quedado sin influencia, la política también tiene que expandirse, y la forma de hacerlo en la actual coyuntura histórica es mediante acuerdos internacionales.

El Estado-nación sólo existe desde hace unos cuantos cientos de años. Proporcionó la base para la autonomía, la mejor forma a nuestro alcance de proteger a los ciudadanos, pero no es el no va más en la sociedad humana. El cambio mundial lo está sobrepasando.

Es demasiado pequeño para ciertas responsabilidades, demasiado grande para otras. El nacionalismo pretende cambiar esta realidad. Revitalizar la democracia implica aceptarla.

Flora Lewis